

ISSN: 2683-3247

HUMANITAS

REVISTA DE TEORÍA, CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

Vol. 5 Núm.9
Julio-Diciembre 2025



UANL



CENTRO DE
ESTUDIOS
HUMANÍSTICOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
NUEVO LEÓN

Humanitas

Revista de Teoría, Crítica y Estudios Literarios

El religioso en las novelas históricas de Eligio Ancona

The religious in Eligio Ancona's historical novels

Celia Rosado Avilés

Universidad Autónoma de Yucatán

Mérida, México

orcid.org/0000-0002-9681-1996

Óscar Ortega Arango

Universidad Autónoma de Yucatán

Mérida, México

orcid.org/0000-0001-6444-1399

Fecha entrega: 07-06-2025 **Fecha aceptación:** 04-07-2025

Editor: Víctor Barrera Enderle. Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos, Monterrey, Nuevo León, México.

Copyright: © 2025, Rosado Avilés, Celia Rosado. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.



DOI: <https://doi.org/10.29105/revistahumanitas5.9-131>

Email: celia.rosado@correo.uady.mx orango@correo.uady.mx

El religioso en las novelas históricas de Eligio Ancona

The religious in Eligio Ancona's historical novels

Celia Rosado Avilés

Universidad Autónoma de Yucatán

Mérida, México

celia.rosado@correo.uady.mx

Óscar Ortega Arango

Universidad Autónoma de Yucatán

Mérida, México

orango@correo.uady.mx

Resumen. El presente texto tiene como objetivo primordial analizar la figura del religioso en las novelas históricas de Eligio Ancona, contextualizándolas en las circunstancias socio-políticas y el acontecer literario en el universo cultural mexicano, en general, y de la península de Yucatán, en particular. La intención fundamental es precisar la construcción de dicha figura, en particular en los franciscanos, como asociada a la propuesta de emancipación social y educativa dentro del ambiente colonial español y social republicano de corte liberal.

Palabras clave: Eligio Ancona, Religioso, Yucatán, Novelas históricas, Liberalismo.

Abstract. The aim of this paper is analyze the religious figure in Eligio Ancona's historical novels, in the context of the social and political circumstances inside the Mexican Cultural universe generally and the Peninsula of Yucatan particularly. The principal idea is precise the construction of that figure, in particular in the Franciscans, in relationship

whit the Social Emancipation and education between the Spanish Colonial and Liberal Social republican ambiences.

Keywords: Eligio Ancona, Religious, Yucatan, Historical Novels, Liberalism.

Introducción

En el México del siglo XIX, la figura del religioso dentro de la literatura histórico-romántica se encuentra fuertemente vinculada al movimiento de Reforma (1858-1872) encabezado por el presidente Benito Juárez y tuvo como característica primordial el asociarse a la recreación del período colonial. En este contexto, la presencia de “lo religioso” adquiere considerables dimensiones. María del Carmen Millán expone la situación al señalar: “Por ser el tema religioso el que, de manera tan directa, afectaba a la sociedad al cambiar la constitución del clero y sus costumbres, fue ese el tema más apasionante para los escritores que se relacionan con la Reforma” (1957: 189). Se puede decir, entonces, que las discusiones sobre las reformas de ley en materia religiosa, abrazan a la literatura haciéndola partícipe de las ideas de los diversos bandos involucrados que, en su accionar, abrazan los ritmos e imposiciones eclesiales (formas de saludo, horas de levantarse y acostarse, etc.). Sin embargo, al momento de interpretar la acción y función de “lo religioso” en la vida cotidiana, cada escritor presenta su particular enfoque formado por su visión ideológica y los archivos históricos que tenga al alcance.

En este sentido, Eligio Ancona (1835-1893) fue uno de los escritores liberales mexicanos inmerso en el movimiento de Reforma que, desde la Península de Yucatán (Cortés, 2003), construyó una sólida obra literaria e intelectual que lo llevó a crear una serie de novelas históricas dentro de las que sobresalen *El filibustero* (1864), *La cruz y la espada* (1864), *El Conde de Peñalva* (1866), *Los mártires del Anáhuac* (1870) y *Memorias de un alférez* (1904) en las cuales da una posición de privilegio a la figura del religioso. Lo anterior, debido a que Ancona establece un audaz proyecto novelístico

que pretende cubrir acontecimientos y hechos principales de la historia del Yucatán colonial relacionándolos directamente con las circunstancias políticas que vive la península durante la segunda mitad del siglo XIX. Con ese interés, y valiéndose de diferentes elementos y personajes literarios (en los cuales resalta la figura del religioso) intenta establecer una posición crítica ante la realidad colectiva, así como evidenciar su posicionamiento ideológico e histórico en dirección a los caminos para construir la identidad de Yucatán. Desde tal marco, el presente texto tiene como objetivo primordial analizar la figura del religioso en la novelística histórica de Eligio Ancona, contextualizándola en las circunstancias socio-políticas y el acontecer literario en el universo cultural mexicano, en general, y de la península de Yucatán, en particular. La intención fundamental es precisar el discurso estético-ideológico que subyace en dicha novelística a partir de la aparición de la figura del religioso.

Esto se permite a partir de asumir que el lenguaje es una práctica de interdiscursos mutuamente afectados e interpretados. Así, como decía Habermas, en su *Teoría de la acción comunicativa*:

Sólo el concepto de acción comunicativa presupone el lenguaje como un medio de entendimiento sin más abreviaturas, en que hablantes y oyentes se refieren, desde el horizonte preinterpretado de su mundo representado, simultáneamente a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo, para negociar definiciones de la situación que puedan ser compartidas por todos. (1987, T.I: 173)

Este enfoque permite definir el discurso literario/estético como una construcción simbólica que permite visualizar que genera significación. Así lo mencionamos en *Principios de interpretación del discurso literario*:

Signo estético es todo aquel que representa una significación en algún sentido para alguien. Dicho proceso significativo está enmarcado, invariablemente, dentro de una cultura determinada en un momento histórico delimitado. Además, el signo estético estará realizado en un soporte físico; el cual el emisor, perteneciente culturalmente a un determinado segmento social, ha seleccionado dentro de la historicidad artística como poseedor de un significado agregado al presente de su acto comunicativo. (Rosado y Ortega, 2018: 27)

Desde tal perspectiva cognitiva, y para lograr el objetivo antes mencionado, se plantean una serie de apartados en los cuales, en primer lugar, se visualiza el contexto literario mexicano y peninsular en que dicha obra novelística apareció con el fin de asociarlo al impacto de las políticas de Reforma. Lo anterior se complementa con una revisión al personaje religioso en las novelas históricas de Ancona (en particular en su novela *El filibustero*) en directa relación con la situación particular de Yucatán. Finalmente, se dedica una mirada al religioso franciscano como el centro de la construcción narrativa en Ancona para evidenciar su impacto en la educación moral republicana.

El religioso en el marco de la literatura de Reforma

Como se mencionó líneas arriba, la construcción del asunto religioso en la literatura de Reforma tuvo una serie de intereses que intentaban confirmar/dirigir lo pertinente de dichas reformas liberales en el contexto mexicano. El autor más representativo de ello fue Vicente Riva Palacio (1832-1896) quien dedica su novelística casi en forma exclusiva al tema religioso, particularmente a ciertos detalles de la Inquisición. Sus novelas, dentro de la que podemos

mencionar *Monja y casada, virgen y mártir* (1868), *Martín Garatuza* (1868), *Memorias de un impostor*, *Don Guillén de Lampart*, *Rey de México* (1872), entre otras; hacen énfasis en el temor que esta institución causaba a los habitantes de la Nueva España y en la forma en que se instrumentalizó la destrucción de todo aquello que amenazara sus intereses. De tal manera, la Santa Inquisición se puede señalar como el gran tema religioso de las novelas de Riva Palacio ya que, prácticamente, en todas está presente. En el prólogo de una de sus novelas explica al lector el porqué de su recurrencia sobre el tema:

¿Me preguntarás lector, por qué en la mayor parte de mis relatos hablo de la Inquisición? Te contaré que en toda la época de la dominación española en México apenas puede dar el novelista o el historiador un paso sin encontrarse con el Santo Tribunal, que todo lo abarcaba y todo lo invadía; y si encontrártelo en una novela te causa disgusto, considera qué les causaría a los que vivieron en aquellos tiempos encontrar al Santo Oficio en todos los pasos de su vida, desde la cuna hasta el sepulcro. (Riva Palacio citado por Castro Leal, 1976: XV).

Así, la inquisición juega un papel relevante para tejer los ciclos narrativos con que Riva Palacio construye sus novelas. Sin embargo, el aspecto que al autor de *Martín Garatuza* parece interesarle resaltar es la existencia de un cristianismo mal entendido que, amparado en la ignorancia del pueblo, se sujeta a una opresión tanto en el ámbito social como individual. Con tal intención, presenciamos a un virrey y a un prelado disputándose el poder político; a una beata que se atreve a denunciar a su benefactora al Santo Tribunal para no condenar su alma (*Monja y casada, virgen y mártir*); o a gente de muy escasa calidad moral que, al sentir la muerte cerca, llama un confesor como un mero trámite para entrar al paraíso sin sentir

ningún remordimiento por las desgracias que han causado (*Monja y casada, virgen y mártir*). Silvia Hernández sintetiza de la siguiente manera el sentir en torno al aspecto religioso en la obra literaria del General Riva Palacio:

Riva Palacio no critica a la religión por sí misma, sino a la iglesia como institución creada por el hombre, susceptible por lo tanto a muchos errores. Censura las actitudes farisaicas que nada tienen que ver con Dios; los atropellos de la Inquisición [...] Riva Palacio expresa la idea de que las personas que conformaban el clero tienen las pasiones y debilidades de cualquier ser humano, la diferencia es que en la fe de Cristo encuentran la justificación para esos actos. (Hernández Martínez, Silvia, 1990: 80).

El despojar al clero de la investidura de divinidad y el presentarlo totalmente humanizado e incluso con defectos de carácter graves dentro de la cosmovisión cristiana del México Colonial, parece ser una actitud también presente en la novelística de Eligio Ancona. Sus perspectivas, influidas por el reformismo, tienden a justificar su proyecto de Nación y a negar la capacidad de la Iglesia para regir los destinos de la República.

Las diferencias particulares que encontramos entre sus novelas responden a las tradiciones históricas y literarias propias de los escenarios donde las desarrollan (el centro de México y la Península de Yucatán) y al plan de acción particular de los autores. Así encontramos que la Inquisición, un tema tan trascendente para Riva Palacio, es apenas abordado por Ancona, quien centra su ataque en demostrar la corrupción institucional y moral de la Iglesia y en justificar la necesidad de alejarla de la educación nacional. Así, en el contexto literario de la Península de Yucatán, la narrativa aborda en novelas, leyendas y folletines, la cuestión religiosa inclinándose

a atacar o defender (dependiendo de su filiación ideológica) la santidad de los ministros del culto y las prerrogativas que la Iglesia como institución había sustentado históricamente.

La intención política de los autores, unida al hecho que la novela histórica peninsular recrea, con especial interés el Yucatán colonial, tendrá como resultado, casi lógico, la continua presencia de imágenes y figuras religiosas: conventos, iglesias y confesionarios, serán los lugares en donde se desarrollen desde las tramas hasta los idilios amorosos. La consecuencia de ello es que la imagen del religioso (sea este fraile o sacerdote católico) resulta ser un punto nodal de la sociedad colonial y, por tanto, un personaje de papel protagónico (o antagónico) dentro de la novelística.

Haciendo un rápido recuento sobre la literatura histórica del siglo XIX en la Península de Yucatán y pensando en la figura del religioso, la imagen más impactante para el lector será, sin duda, la del imponente y astuto Padre Preósito de San Javier, trazado por Sierra O'Really (1814-1861) en *La hija del judío* (1845-1846). El jesuita, magistralmente caracterizado, maneja desde su confesionario la vida de los habitantes de la provincia yucateca y su poder, pareciera ser, ilimitado en la lucha contra las otras órdenes religiosas gracias a poseer armas que van desde simples consejos a sus agremiados, mensajes misteriosos, la utilización de la fuerza pública, del poder de la Inquisición, hasta la información contenida en su biblioteca secreta.

En este imaginario, la sociedad yucateca se presenta únicamente como el campo de acción donde los representantes de las órdenes religiosas medirán sus fuerzas y los habitantes de la provincia serán simples piezas en ese “juego de ajedrez” entre distintas órdenes religiosas, cuyo premio para el ganador será la

cuantiosa herencia de *La hija del judío*. Así, el texto de Sierra O'Really sienta las bases de la literatura que, sobre tema religioso, se gestaría posteriormente en Yucatán sobre todo sosteniendo la hipótesis en torno a la validez de la institución religiosa y el carácter netamente humano de sus ministros.

Pero no todo había de ser anticlericalismo en la narrativa del Yucatán decimonónico. Tal es el caso de Rafael de Carvajal con su novelita *Un sacerdote y un filibustero del siglo XVII: leyenda histórica* (1846), en la cual el sacerdote será un individuo bondadoso y fiel a su ministerio al grado que, enterándose, por medio de una confesión, del nombre del autor del crimen por el que es justamente perseguido su hermano, se obliga a permanecer callado en cumplimiento de sus votos sacerdotales. Contribuirá a esta imagen Crescencio Carrillo y Ancona con su novela *Historia de Welinna* (1862) al presentar un fraile dedicado a sus deberes ministeriales además de intentar mostrar rasgos de divinidad en sus personajes religiosos.

El religioso y Eligio Ancona: una ubicación histórica

En contraposición con estos últimos, Eligio Ancona retoma el papel de los franciscanos, sacerdotes y misioneros, para despojarlos “literalmente” de todo lado de divinidad exponiendo, de acuerdo a su concepción histórica, sus aciertos y errores. Las novelas *La cruz y la espada* (1864), *El filibustero* (1864) y *El Conde de Peñalva* (1866), serán las obras en donde el anticlericalismo delator se manifiesta en forma más abierta, presentando, como se ha dicho antes, grandes similitudes a lo que en el centro de México hace Riva Palacio. El personaje religioso que Ancona crea en sus novelas justifica, mediante sus acciones y forma de vida, el proyecto anticlerical reformista en el sistema educativo.

La manera en que Ancona inicia este trabajo se evidencia en diversos aspectos tales como las formas de expresar “lo religioso” a partir del uso por parte de los personajes de frases en alusión a Dios; la descripción de iglesias y conventos; la figura de un contradictorio franciscano (*El filibustero*), la descripciones de fiestas pagano-religiosas de los indígenas mayas (*El Conde de Peñalva*); y en una serie de consideraciones filosóficas sobre la religión y la fe que el autor, en boca de los personajes, deja plasmadas en sus novelas. Así, es innegable la importancia que Ancona intenta otorgarle a “lo religioso” dentro de su novelística. Y no podría ser de otra manera ya que como historiador es consciente de que la religión constituyó el vértice del gobierno colonial en las provincias de la Nueva España. Por ello, al novelar sobre este período, “lo religioso” habría surgido, aún sin que el autor hubiera tenido otros intereses, como el necesario telón de fondo para la acción novelística.

Sin embargo, Ancona no pretende reconstruir con fines puramente literarios el papel de la Iglesia en el Yucatán colonial, sino que intenta afianzar, con base en dicha reconstrucción, las políticas anticlericales propuestas por el movimiento de Reforma. Los cambios que la propuesta liberal en materia religiosa traería consigo y las razones que los hicieron necesarios no son abordados con amplitud por este autor en su *Historia de Yucatán* (1978), pues los considera demasiado cercano y corre, según su propia opinión, el riesgo de ser parcial en sus juicios¹. Ante lo apremiante de dotar

¹ El autor justifica, de la siguiente manera, el rezagar acontecimientos cercanos de su obra histórica: “Pero desde este momento tocamos ya los límites de la historia contemporánea. De los tres candidatos que acabamos de nombrar (Pantaleón Barrera, Liborio Irigoyen y Pablo Castellanos), los dos últimos viven todavía, y aunque el autor de este libro estaba en aquella época muy distante aún de tomar partido en cosa pública, desde entonces comenzamos

de credibilidad e imparcialidad su obra histórica, el autor es muy cuidadoso de no incluir en ella elementos que revelen su posición ideológica (al menos, no abiertamente). Las pugnas entre Iglesia y Estado a partir de la promulgación de las Leyes de Reforma serían, sin duda alguna, causal de serios conflictos ideológicos (más aún, si eran presentadas a partir de la perspectiva de un escritor declaradamente liberal como Ancona). Por tanto, el autor opta por rezagarlas de su tratado histórico sin olvidar dejar expuestos sus motivos en una interesante aclaración a los lectores:

La resolución que hemos tomado de suspender nuestros trabajos, hasta la época que acabamos de indicar, nos impide trazar el cuadro de las resistencias que encontró la reforma en nuestro país, de la profunda alarma que causó en las conciencias, de las divisiones que sembró hasta en el seno mismo del hogar doméstico, y de los obstáculos que por mucho tiempo se han opuesto á su libre desarrollo. Las pasiones religiosas ejercen en el corazón humano una influencia más poderosa aún que las pasiones políticas, y cuando unas y otras se apoderan simultáneamente de un bando, de una clase de sociedad, no hay recurso que no se ponga en juego para hacerlas triunfar. (: 232)

Seguro de la magnitud y el alcance de las pasiones político-religiosas que agitan a Yucatán, el autor escoge detalladamente sus palabras al abordar este tema dentro de su obra histórica. Para ahondar sobre el origen, desarrollo y, sobre todo, en los recursos que estas pasiones desencadenaron en su lucha por el poder económico y político Ancona recurre, entonces, a la literatura. Así, en sus novelas expone con claridad sus juicios de valor sobre la institución Iglesia,

á tomarlo muchos hombres a quienes ligan afecciones de distinto género y á quienes no podría juzgar sin el temor de ser tachado de parcial o apasionado” (Ancona, Eligio, 1978, T. 4: 368).

mediante la actuación de algunos de sus miembros y el carácter de la religiosidad y de la fe.

En efecto, el autor deja ver en sus novelas que la corrupción de los agentes dedicados al ministerio de Cristo va creciendo conforme estos se van institucionalizando en el Nuevo Mundo, olvidando poco a poco el origen de su ministerio y dedicándose a acaparar bienes materiales, lo que los convierte en un fuerte grupo de opresores para los habitantes de la península. En el prólogo a *El filibustero*, Ancona expone en forma precisa como se da esta evolución.

Al celoso misionero que penetra sin temor alguno en países desconocidos, habitados por millares de idólatras, para lavar con el agua del bautismo la sangre derramada en los sacrificios, ha sucedido el fraile o el cura convertido en publicano, que gasta la mayor parte de su tiempo en inspeccionar el cobro de sus rentas y en aumentar sus matrículas, y en lugar de dedicarse a la santa obra de civilizar al pueblo conquistado para cumplir con la ley y su conciencia, cree haber llenado sus obligaciones cuando martiriza y humilla con el suplicio infame de los azotes al feligrés que por indolencia ha olvidado el cumplimiento de alguno de sus deberes religiosos. (Ancona, Eligio, 1949, T. I: s/p)

La crítica que Ancona hace al “nuevo” religioso del siglo XIX se centra principalmente en tres aspectos: el olvido de las obligaciones de su ministerio, el acaparamiento de bienes materiales y la degradación que hace víctima al hombre por medio de los castigos físicos. Estos tres aspectos serán fuente de grandes males para los habitantes de Yucatán; especialmente por que contribuyen con la falta de previsión de los gobernantes y las múltiples experiencias bélicas de la sublevación del pueblo maya. El comentario anterior no resulta extraño en boca de un escritor liberal como Eligio Ancona, lo que sin duda causa extrañeza es que debajo de él (y después de

ir enlistando una a una las penalidades por las que ha atravesado la península yucateca desde el momento mismo de la conquista y hasta el siglo XIX) el autor abre un espacio para presentar, con las mejores referencias, a algunos prelados elegidos para la Mitra de Yucatán. En este contexto los obispos relucen como varones justos que se enfrentan a gobernadores, cabildos y a los franciscanos, con el fin de aliviar los males de los yucatecos.

Porque, en efecto, como si la providencia condolidada de la serie de males que sufrían nuestros antepasados hubiese querido enviarles, de tiempo en tiempo, un varón justo que enjugase sus lágrimas; casi todos los prelados elegidos para la Mitra de Yucatán apenas se presentaban en la provincia, cuando escandalizados de los abusos que veían erigidos en sistema se proponían en su corazón atacarlos valerosamente por cuantos medios estuvieran a su alcance; pobres medios en verdad, comparados con el poder de los gobernadores y de los cabildos, con el oro de los escondedores y con el influjo que los franciscanos gozaban en la provincia y fuera de ella. (s/p)

Ancona refuerza esta afirmación ofreciendo al lector ejemplos de la manera en que los buenos obispos se disponen a terminar con los abusos que se cometen en la península y la forma en que esos piadosos intentos fracasan debido al excesivo poder de los contrarios (particularmente, los franciscanos), quienes ponen en juego “el oro, la intriga y el favoritismo” para, de nueva cuenta, hacer que prevalezcan el favoritismo, el fanatismo y la corrupción. El declarado homenaje que el autor dedica en este prólogo a los obispos yucatecos y su rechazo a la orden franciscana genera, sin duda, cierta confusión que puede confundirse con una estrategia para evitar la censura, velar su anticlericalismo y conseguir cierta aceptación de su discurso político-literario, con lo cual ajustaría

su discurso político-liberal a las circunstancias de su momento histórico.

Sin embargo, y si se atiende detenidamente a las dos citas anteriores, se encuentra que, si bien es cierto que Ancona ataca a los franciscanos y reivindica a los obispos, la situación es un poco más compleja. El autor coloca estratégicamente algunas palabras que tienden a suavizar el rigor de las afirmaciones y a crear cierta ambigüedad. Por ejemplo, señala que la providencia manda, de tiempo en tiempo, un varón justo para que enjugara las lágrimas de los yucatecos; es decir, no siempre ni muy seguido, sino únicamente de tiempo en tiempo. La ambigüedad se refuerza cuando señala que casi todos los prelados escogidos para la Mitra se abocaban a socorrer a los desvalidos.

Se abre, así, la posibilidad de que no necesariamente todos los obispos actuaran de esa manera. No obstante, el autor escoge para ejemplos –en el mismo prólogo– a obispos que tiene lugar en una labor de servicio cristiano, es decir, a obispos que tienen lugar en la excepcionalidad y no en la norma. En esta tensión es sorprendente que, dentro de la obra narrativa de Ancona, aparece un canónigo bastante alejado de las excelentes figuras cristianas que el autor delinea en el prólogo y cuya función dentro de la novela es ser el elemento de conflicto entre los amores de dos jóvenes.

En efecto, dentro del texto, el canónigo no es un ejemplo de piedad y virtud cristiana, sino que, al contrario, su concepción de los hombres es vana y su historia de vida bastante disipada: “El tal tío, en sus mocedades y antes de ordenarse, había sido un calaverón muy dado a los amoríos y, como todos los que han tenido una juventud disipada, no tenía fe absolutamente en la virtud de la mujer. Respecto al hombre creía firmemente que no podía casarse,

sino por el cebo de mejorar de fortuna” (Ancona, Eligio, 1949, T.II: 88).

Inspirado por esa lógica tan mundana, el ‘tío’ canónigo decide que su sobrina ingrese al convento y, valiéndose de la autoridad que le confería su posición económica (dado que era el único sostén de la familia y el padre de la joven estaba enfermo), se ofrece a pagar a la sobrina su dote de monja, alejándola así de la perdición sin que se le ocurriera ofrecerle una dote para que pudiera casarse. El autor hace especial énfasis en este punto, señalando el carácter egoísta del personaje y la privilegiada situación económica de los canónigos de aquel tiempo.

Los intentos del ‘tío’ no llegan a feliz término debido a que la muchacha se enamora de un joven comerciante y decide no ingresar al convento. Ante esta negativa, el ‘tío’ consigue un nuevo enamorado: un caballero que le prometía utilizar sus influencias en la corte para una posible asignación de la silla episcopal de la península. Pese a la insistencia del ‘tío’, la joven no acepta los galanteos del caballero y, aún más, se casa en secreto con su primer enamorado. La acción de los amantes traería como consecuencia que el caballero tejiera una oscura venganza, mediante una carta en la que se acusaría al joven comerciante de judío. La carta cae en manos del canónigo que resulta ser, además, Comisario del Santo tribunal de la Inquisición. El canónigo, sin saber que la carta formaba parte de una venganza, decide utilizarla para separar definitivamente de su sobrina al joven comerciante que había tenido la osadía de desafiarle. Las consideraciones finales sobre el carácter del religioso nos las ofrece el autor, en una meditación del personaje sobre el poder que le confería la carta en la lucha contra su adversario.

El buen tío meditó un instante, y una sonrisa de triunfo cruzó por sus labios. Se le presentaba el medio de separar su sobrina de Cifuentes, de ese bribón de Cifuentes que se había atrevido a amarla y a luchar con él. Él no había buscado este medio. La providencia decía, lo ponía en sus manos, y él no iba a hacer otra cosa que cumplir con su deber. (Ancona, Eligio, 1949, T. II: 92)

El terrible egoísmo del padre canónigo lo lleva a no considerar siquiera la posibilidad de que la carta fuera una infamia contra el comerciante y, aunque en efecto él no la escribe, si la utiliza con total impunidad para lograr sus fines personales. Las justificaciones (tales como cumplir con su deber, las cuales el autor coloca en boca del personaje ante tan peculiares circunstancias) dirigen al lector a reflexionar sobre el deber cristiano, a la vez que refuerzan un elemento que Ancona va a señalar constantemente: la ignorancia de los religiosos sobre los principios de la doctrina cristiana. Y, si a esto se suma que el grueso de su crítica a la Iglesia -como institución- se fundamenta en el personaje de un fraile franciscano, es decir, de un individuo perteneciente a una orden que en la segunda mitad del siglo XIX no existía ya en tierras mexicanas, el discurso se suaviza aún más y la novela pasa la censura como “aceptable” e incluso es reeditada en París durante el gobierno imperial. Sin embargo, la elaboración literaria de los franciscanos permitirá al autor yucateco hacer otra serie de puntualizaciones.

El franciscano en la ficción: un obstáculo moral para la educación

Contrariamente a lo que sucede con otros personajes, la figura del fraile franciscano que Eligio Ancona presenta en sus novelas no

reporta un referente histórico específico en sus obras de carácter histórico. Consecuencia de ello es que el autor, en algunos casos, no se da el trabajo de definir individualidades y los presenta como el conjunto de “los padres franciscanos” (*El filibustero*, *El Conde de Peñalva*) o, en otros (específicamente en el caso de fray Hernando, personaje surgido de *El filibustero* y que resulta ser la figura religiosa más relevante que desarrolla Eligio Ancona en las novelas que hemos escogido para analizar), por ser un personaje totalmente ficticio. Este tratamiento permite visualizar de manera directa los objetivos centrales de Eligio Ancona como literato: el convertir a sus personajes “clave” en figuras cargadas de simbología que comunica al lector mucho más que su presencia histórica llevando, en consecuencia, a reflexionar (a través de múltiples experiencias y situaciones) sobre los acontecimientos que está viviendo Yucatán en la segunda mitad del siglo XIX.

Ante el evidente escándalo que hubiera generado una obra en la que se atacara de forma cruda a un reverendo padre de la orden de San Francisco (que hubiera caminado por tierras yucatecas y cuyo nombre estuviera incluso en los devocionarios); Ancona construye un fray Hernando que representa a la vez a nadie y a todos. A nadie, porque al no tener un referente histórico y al ser presentado como un producto de la imaginación, el autor no podría ser acusado de difamar el nombre y de poner entre dicho la virtud de algún ministro de Dios; y a todos, porque la razón de que no hay verdad histórica a la que deba sujetarse, puede hacerlo atravesar múltiples situaciones ficticias, concentrando en él su crítica a toda una institución.

Se tiene, entonces, en estas novelas dos acercamientos a la figura del franciscano: una formada por el conjunto de la orden religiosa sin individualidades específicas, y otra más cercana y

concreta, en el personaje de fray Hernando. Si se hace un repaso de las “generalidades” que sobre esta orden se encuentran de las novelas de Eligio Ancona, se podrá apreciar que el autor la tiene muy presente: describe el convento de San Francisco más que ningún otro templo de culto y presenta a los franciscanos como los religiosos que más interactuaban con el pueblo yucateco. Las bases de este especial interés por la orden franciscana se encuentran, sin duda, en la historia del Yucatán colonial en donde su poder era incuestionable.

En efecto, en la obra histórica Ancona se ofrecen algunas consideraciones sobre esta orden, en las que elogia la preocupación franciscana por el estudio y su dedicación al aprendizaje de las lenguas indígenas pero crítica fuertemente su fanatismo. Después de señalar sus impulsos a la educación y a la “conversación” de los “indígenas” mayas el autor ironiza respecto a los milagros de que se rodea a estas acciones y, sobre todo, al carácter divino con que el historiador franciscano Cogolludo intenta investir a los franciscanos, en general, y, especialmente, a la figura de Diego de Landa.

El historiador franciscano á quien tantas veces nos hemos referido en estas páginas [Cogolludo] [...], dice que los indios no se arrojaron sobre Landa, porque vieron que salía un grande resplandor de su rostro mientras les hablaba. Pobres mayas. Probablemente el resplandor que veían en aquel instante era el de las hogueras que Montejo había encendido dos años antes en Mérida, para castigar á los presuntos reos de Maní. (Ancona, Eligio, 1978, T. II: 69)

La discutida figura de Diego de Landa (1524-1579) es muy relevante en la obra histórica de Ancona y, aunque no se

profundizara respecto a ella, es conveniente señalar algunos puntos. En primera instancia Landa es condenado tajantemente por Ancona, quien rebate al padre Cogolludo señalando que, franciscano al fin, tendía a ver en cada uno de sus hermanos a “un héroe digno de ser canonizado” (: 70). Cada heroico y piadoso hecho realizado por Landa es juzgado con total dureza por Ancona, apuntando en él los excesos y prerrogativas de las que gozaba esta orden. Donde Cogolludo dice “milagro”, Ancona dice “suerte”. Así, al narrar el episodio correspondiente al hambre que sobrevino en Izamal (Yucatán), cuando ya era guardián del convento de fray Diego de Landa y la inaudita caridad con que éste protegió a los desamparados por largo tiempo, el novelista yucateco señala: “[...] se adivina, fácilmente, que un párroco que podía por medio año hacer una caridad tan fuerte á ellos, daba evidentes señales de que no había olvidado cobrar, rigurosamente, sus obvenciones” (: 71).

Generalizando, se podría decir que este es el tratamiento histórico-literario que Ancona da a la orden franciscana. Lo importante de tal perfil es que existe un esfuerzo por parte del autor para llamar la atención de sus lectores hacia la consideración del poder que la orden religiosa tenía en el Yucatán colonial y hacia las pugnas que por él sostenía con la autoridad civil. Además, aquí aborda un aspecto sobre el que redundará constantemente en su obra narrativa: la degradación moral que sufre la orden en estrecha relación con la institucionalización en el Nuevo Mundo y el grandísimo poder que llegan a ejercer en el pueblo conquistado:

Desde el momento en que los mayas aceptaron dócilmente al cristianismo, los frailes comenzaron á ejercer mayor influencia

sobre ellos que sus mismos encomenderos. Desde entonces, sin duda, comenzó a ensayarse ese sistema de obvenciones parroquiales, que más tarde debía llegar hasta el abuso más escandaloso. (70)

Desde tal perfil, Ancona utiliza en su obra narrativa el hábito de la orden franciscana como pretexto para hablar de toda su influencia y poderío. Así, todo aquel que lo portara servía como símbolo de los franciscanos y, por tanto, pasaba a ocupar otro espacio dentro de la escala social infundiendo, a la vez, respeto y temor. Por esa fuerza, un hábito de San Francisco resulta el disfraz más propicio para aquel que quisiera huir de la justicia. Así lo anuncia en *El filibustero*:

El disfraz de un fraile era, sin duda, el que convenía más a un fugitivo. Un fraile viajando en el año de gracia, de 1704, era una cosa tan común y tan vulgar, como un sargento, un teniente o guardia nacional en la época de ilustración que atravesamos. Añádase a esto que el fraile infundía, entonces, tanto miedo y respeto como ahora un sargento y un teniente. (Ancona, Eligio, 1949, T. I: 121)

La asociación que se establece entre el franciscano y el militar, ambos representantes de instituciones calificadas por Ancona como opresoras se refuerza constantemente, sobre todo cuando el convento grande de San Francisco es convertido en fortaleza, albergando a frailes y a militares; es decir, a los estamentos más fuertes del orden colonial. En esta línea, Ancona dedica un espacio dentro de *El filibustero* a una síntesis del desarrollo de esta orden en el territorio peninsular desde los tiempos del adelantado Francisco de Montejo, dando especial énfasis a señalar la importancia del convento de San Francisco y las pugnas que, por ese espacio, se

dieron entre la autoridad civil y la autoridad religiosa. Sin embargo, la intención real del autor sería describir algo más que los muros del convento: hacer una generalización a la institución iglesia.

Es claro que este escritor ve en la Iglesia a uno de los principales obstáculos para el progreso del país ya que, en su concepción, no representaba únicamente una limitante en el desarrollo social y económico sino también en el intelectual. Es, en este aspecto en particular, donde se ve una asimilación por parte del escritor yucateco del pensamiento liberal que puntualiza en repetidas ocasiones sobre la necesidad de abrir los espacios educativos y separarlos de la influencia religiosa. Algunos años antes José Luis Mora había señalado con respecto al papel del clero en la educación: “[...] en lugar de crecer en los jóvenes el espíritu de investigación y de duda, que conduce siempre y aproxima, más o menos, el entendimiento humano a la verdad, se les inspira al hábito del dogmatismo y la disputa” (Citado en Brading, David, 1991: 70).

Ancona hace hablar a sus personajes, en el mismo sentido al narrar cómo los jóvenes protagonistas de dos de sus novelas (*El filibustero* y *El Conde de Peñalva*) son educados por franciscanos y manifiestan serias discrepancias con sus instructores sobre todo en cuanto a los autos de fe y las cátedras de teología. Así, en *El filibustero* encontramos un fragmento que afirma sobre el fuerte dogmatismo en el que se encontraba sumida la educación. En este sentido, al describir la relación entre el joven Leonel (protagonistas de la novela) y su maestro (un fraile franciscano llamado fray Hernando), el autor señala: “Verdad es que se habían suscitado algunas desavenencias entre el discípulo y el maestro durante el estudio de la teología, merced a ciertas disputas que proponía, atrevidamente, el espíritu libre del primero y que sólo podía resolver con una mirada severa

la inquebrantable ortodoxia del segundo” (Ancona, Eligio, 1949, T. I: 18-19). ‘Espíritu libre en vez de ortodoxia’ parece ser uno de los argumentos más fuertes de este autor para apoyar la implantación de una educación laica. Es necesario recordar que el protagonista de Ancona se forma a imagen del nuevo hombre americano, el cual no debe aceptar dogmas ni estructuras establecidas, aunque estos vinieran de Dios y, más aún, debe de cuestionarlas y señalar sus fallas.

En el mismo orden de ideas, encontramos que en *El Conde de Peñalva* aparece otro joven, educado por frailes al igual que el anterior, que descubre casualmente a una mujer que había robado la imagen de la Virgen de la Laguna (Campeche), buscando con esta acción que la presencia de dicha imagen en su casa sirviera para curar a su padre enfermo. Ante el inesperado descubrimiento, la mujer y el joven sostienen un diálogo revelador:

- Nada os puedo ya ocultar –dijo enseguida. Pero, ¿es verdad que no me denunciaréis a los frailes ni al comisario del Santo Oficio?

Ni á los frailes ni á los inquisidores, hija mía ... Sobre todo á los últimos que no te comprenderán, como no han comprendido jamás el cristianismo.

Ah, ¿es cierto lo que me decís?

Tan cierto como es ahora de noche. Los frailes calificarían de sacrílego tu robo; pero yo, que veo en tí a una muchacha tan cándida y sencilla, que ha creído salvar á su padre robando una medicina sobrenatural; te digo, hija mía, la fe es una virtud muy recomendable y en vez de juzgarte digna de un castigo, te admiro sinceramente, como admiro á San Pedro caminando sobre las olas, sostenido por la fe.

Señor alférez, tenéis palabras consoladoras, como un sacerdote.

Y sin embargo, hay quienes me juzgan digno de ser achicharrado en las calderas del infierno. (Ancona, Eligio, 1963: 96)

La situación que se refleja en el diálogo es por demás irónica, dado que la joven recibe ayuda y comprensión de un alférez, educado por frailes, pero militar al fin, y no el de un fraile o de un sacerdote. Cabe aclarar que no de cualquier alférez sino, justamente, de uno calificado en la misma novela como un pecador empedernido por ser incrédulo ante los milagros de la fe. Pues bien, resulta que este empedernido pecador se da el lujo de calificar a los frailes de inquisidores, intolerantes e incluso de ignorantes respecto a la doctrina cristiana. Y, más atrevido aún, ironiza sobre la medicina milagrosa que significa la imagen de la Virgen para la mujer. Con ello, en el citado diálogo se concentran los tres aspectos fundamentales para Ancona, al abordar el tema religioso, ya señalados con anterioridad: A. El inadecuado actuar cotidiano de los ministros de culto que, ya sea por perjuicios o intereses personales, no prestan su ayuda cabalmente a los necesitados, alejándose cada día más de lo que debiera ser su función primaria; B. El poco conocimiento de la filosofía cristiana que conlleva a actos de fanatismo en nombre de la religión; y C. El establecimiento de prácticas pagano-cristianas que, más que fomentar una religiosidad popular, persiguen el enriquecimiento de los frailes.

El punto de cierre: la moral franciscana

Los anteriores planteamientos encuentran su quintaesencia destructiva en la moralidad franciscana que se convierte en el principal obstáculo para una refundación social. En efecto, y desde las primeras páginas de *El filibustero*, se empieza a bosquejar

la figura de un interesante franciscano, cuyas acciones resultarán trascendentales en el desarrollo general de la trama. La existencia de este personaje se justifica, narrativamente, por ser el encargado de la educación del joven Leonel (Barbillas), protagonista de la obra. El simple hecho de que el producto final de los afanes educativos del fraile haya resultado un filibustero, ofrece ya una idea del sentido crítico con que el autor enviste a esta figura. Más aún, si se toma en cuenta que hacia los capítulos finales de la novela el fraile franciscano resultará ser el padre biológico del pirata, la importancia de él apunta a la moral que subyace en su actuar.

El hecho de la paternidad del franciscano será el motor secreto de una serie de acciones novelísticas en las que el fraile se debate entre su deber moral, su necesidad de guardar apariencias y el amor que profesa al joven. El lector ve al franciscano destruir la única prueba que podría salvar al joven Leonel de la cárcel y, más tarde, se entera de que es el mismo fraile quien dispone todo para asegurar la huida de Leonel de la celda a la que, indirectamente, lo había confinado. Así, la contraposición fraile/filibustero que se presenta en los últimos capítulos de la novela y que, usualmente, estaría asociada a la dualidad bondad/crueldad adquiere una nueva connotación cuando los valores se distorsionan y el fraile no resulta ser tan bueno y casto, ni el pirata tan cruel e inhumano.

Existe en esta novela una reveladora frase en la que el discípulo describe a su maestro, señalando en él una singular dualidad que se aleja totalmente del ideal cristiano: “[...] fray Hernando, de ese hombre misterioso e incompresible, que participaba a la vez de la naturaleza de ángel [...] que unas veces era cruel, como un forajido, y otras compasivo como un santo” (Ancona, Eligio, 1949, T.I: 139). La explicación narrativa de esta dualidad (el fraile forajido y santo)

es realizada a partir de la forma en que el franciscano llega a Yucatán y que le permite al autor hacer un paréntesis para plantear algunas consideraciones de interés sobre la situación de la educación en las tierras conquistadas y sobre la decisiva influencia que los religiosos tenían sobre ella:

Bien sabido es que en aquella época, en América, como sucedía aún en muchos pueblos de Europa, toda la sabiduría del mundo estaba encerrada en los conventos de los frailes. Ahora bien, por poco que se juzgue qué pudiese saber un guardián del convento de Valladolid de la pobre provincia de Yucatán, en el tiempo que vamos hablando; siempre era, sin duda, suficiente para las circunstancias de su alumno. Añádase a esto que fray Hernando no había contado para educarse con los pobres elementos de la provincia. Habíase formado en España, en la célebre Universidad de Salamanca y había llegado a Yucatán por los años de 1680, en una de tantas remisiones de frailes que, no sabemos si para bien o para mal de la colonia nos enviaba, de cuando en cuando, el católico celo de los monarcas españoles. (13)

Además de la sabiduría “encerrada en los conventos”, el problema se decanta por una serie de frailes en virtud que no representan la moralidad cristiana que decían defender. Muestra de ello es, para comenzar, que fray Hernando concibe a Leonel con una mujer casada, lo que bien podría ser apuntado como un pecado por partida doble, ya que no únicamente quebranta los votos de su ministerio, sino que promueve la infidelidad dentro del matrimonio. Después confabula con la misma mujer para mantener al marido en la ignorancia del nacimiento de Leonel y, aún más, propicia que el niño sea adoptado por el esposo de la mujer infiel. Más tarde, ante la necesidad de evitar los amores de Leonel con la hija del matrimonio, su media hermana, el fraile destruye la única prueba de la inocencia

del joven en el asesinato por el que se le acusa y condena a la cárcel. Años después, apoyado en la eficaz arma del confesionario, entera del regreso de Leonel –transformado ya en el filibustero “Barbillas”– a las autoridades de la ciudad, logrando encerrar a la muchacha en un convento.

Un capítulo fundamental para la comprensión de esta figura es el capítulo XXII titulado justamente *Fray Hernando*, en donde pirata y fraile se enfrentan y, finalmente, el último confiesa su paternidad ante la irónica incredulidad del primero. Ancona maneja imágenes muy interesantes en este apartado, ya que el pirata entra al convento vestido de franciscano y hablando en el tono de un ángel vengador:

Veo que el santo sacramento de la confesión es un arma para el que sabe manejarla con tanto talento como Vos. Porque ¿no es verdad que es la pobre Berenguela a la que habéis arrancado este secreto? ¡Ah, reverendo fray Hernando, que os hacéis llamar fray José de Estévez, para que no os encuentre el hombre cuyo porvenir habéis sacrificado! ... Dios se ha cansado de estos sacrilegios y ha permitido que una mujer sea menos débil que Berenguela para enseñarme el camino de vuestro refugio. (T. II: 134)

“Dios se ha cansado de vuestros sacrilegios”, estas palabras de reconvención que deberían ser dirigidas al forajido, al excomulgado, al pirata, son dirigidas a un ministro de Dios. Por un momento el pirata y el franciscano cambian papeles: el primero se vuelve vengador de Dios y de los oprimidos, en tanto que el segundo se pierde entre intrigas y sacrilegios. La única defensa que puede hacer de sí el franciscano, se resume en cumplir con su deber, oportunidad magnífica para que el autor, en boca del pirata, haga reflexiones de nueva cuenta, sobre el deber de un religioso:

-¿Con Vuestro deber? Sí, con el deber que se impone en todos los corazones pusilánimes y egoístas, de coadyuvar a todas las preocupaciones entronizadas en vuestra pobre sociedad; con el deber de obedecer ciegamente las ordenes de Don Gonzalo y Doña Blanca, que llenaban de limosnas vuestro convento, y que acaso ofrecerían alguna recompensa que ignoro, para el día de vuestro triunfo. ¿Qué era todo esto comparado con el pobre bastardo que se pudría en un calabozo? (134)

Ancona sintetiza en esta frase los vicios relacionados con el deber de un religioso, en quien la obligación está en servir a aquellos que pueden aportar limosnas y negar su ayuda a los desvalidos. La discusión entre el fraile y el pirata irá subiendo de tono hasta llegar a un franco desafío en el que el pirata pide al franciscano batirse en un duelo. Las respuestas del fraile para esquivar tan comprometida situación van en relación de la nula experiencia que tenía con las armas y la superioridad de la fuerza y la juventud del pirata.

Sin embargo, todo esto (que el pirata llama “recursos jesuíticos”) no logra hacerlo desistir de su propósito y, como única forma de presionar al franciscano para participar en el duelo, se dispone a abofetearlo por lo cual el fraile accede, finalmente, a batirse en duelo. Este resultará uno de los momentos climáticos de la obra, pues Ancona consigue humanizar totalmente al fraile despojándolo de cualquier autoridad divina, llamándolo disfrazado de santo por portar el hábito de San Francisco:

-¿Vais a hacerme creer, hombre, que os disfrazas bajo el hábito de un santo?, ¿vais a hacerme creer que presentareis la mejilla izquierda a quien os abofetee la derecha?... Venerable fray Hernando, nos conocemos mucho ... he vivido bastante junto a vos, para no ignorar que habitan en vuestro pecho todas las pasiones de un hombre bajo el tosco sayal de San Francisco, que cubre vuestro cuerpo. (136)

La confesión de paternidad que el fraile se había negado a hacer, amparado en una promesa a Doña Blanca y que tantas penalidades y desgracias le hubiera evitado al buen Leonel, sale de sus labios ante la sola posibilidad de ser tan abofeteado por el pirata. La ironía con que el autor trata este hecho rebasa todo límite. Lo que no pudieron lograr ni los principios religiosos ni el amor a su hijo, lo logra su orgullo, un sentimiento de lo más mundano que le impide aceptar una simple bofetada. El fraile decide, entonces, batirse en duelo con el pirata escogiendo como arma la pistola. El duelo se realiza y el franciscano cae moribundo ante el asombro del pirata, ya que el fraile nunca dispara su arma. Es hasta entonces cuando Ancona comienza a reivindicar a este personaje. Pero lo hace vinculando su acción al amor paterno y no al amor cristiano. Por eso, el franciscano señala en sus últimos momentos: “Un padre nunca quiere matar a su hijo” (:140) e incluso lo manda a que huya y cubre su retirada inventando a los demás frailes que todo el suceso fue un accidente.

Aunque el franciscano reconoce que el crimen es suyo y no de Leonel-Barbillas, nunca se le ve arrepentido de haber quebrantado sus votos religiosos y las actitudes que lo ennoblecen se relacionan más con su amor de padre que con sus deberes religiosos. Con justificación o no, fray Hernando nunca actúa como religioso y sí como padre. Y es que, a fin de cuentas, resulta eso justamente: Un hombre culto con una inteligencia superior a la de los demás, que sabe manejar el corazón humano, utilizar el devocionario y sobre todo el confesionario, para lograr sus fines. Ancona humaniza a fray Hernando y lo despoja de toda divinidad; sus acciones, justificadas por el orgullo, la pasión y el amor paterno le gana, hacia el final de la obra, la consideración del lector: su trágico y noble final, sirve para

aclarar que Ancona no deseaba hacer de este personaje un villano ni un mártir, sino únicamente un hombre sin tintes de divinidad de ningún tipo.

Bibliografía

- ANCONA, Eligio (1949). *El filibustero*. Dos tomos. Mérida (México): El club del libro.
- ANCONA, Eligio (1950). *Memorias de un álferez*. Mérida (México): El club del libro.
- ANCONA, Eligio (1963). *El Conde de Peñalva*. Mérida (México): El club del libro.
- ANCONA, Eligio (1964). *La cruz y la espada*. Mérida (México): Impreso por L. Cervera.
- ANCONA, Eligio (1978). *Historia de Yucatán*. Tres tomos. Mérida (México): Universidad de Yucatán.
- BRADING, David (1991). *Orbe indiano. De la Monarquía Católica a la República Criolla, 1492-1867*. México: FCE.
- CARRILLO Y ANCONA, Crescencio (1862). *Historia de Welinna*. En periódico *El repertorio pintoresco*. Mérida, Yucatán (México): Imprenta de Gamboa Guzmán.
- CARVAJAL, Rafael de (1846). *Un sacerdote y un filibustero del siglo XVII: leyenda histórica*. En periódico *El registro yucateco. Periódico redactado por una sociedad de amigos*. Tomo III. Mérida, Yucatán (México): Imprenta de Castillo y compañía.

CASTRO, Leal (1976). “Prólogo”. *Memorias de un impostor, Don Guillén de Lampart, Rey de México*. Riva Palacio, Vicente. México: Porrúa.

CASTRO, Leal (1990). “Prólogo”. *La hija del judío*. Sierra O'Really, Justo. Mérida: Universidad de Yucatán.

HABERMAS, Junger (1987). *Teoría de la acción comunicativa*. Tomos I y II. Madrid: Taurus.

HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Silvia (1990). *La postura histórica de Vicente Riva Palacio en “Monja y casada, virgen y mártir” y “Martín Garatuza”*. México: Tesis de Licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras – UNAM.

MILLÁN, María del Carmen (1957). “Dos utopías”. *Historia Mexicana*. Vol. VII, Núm. 2, 187- 206. México: El Colegio de México.

SIERRA O'REALLY, Justo (2008). *La hija del judío*. Xalapa: Universidad Veracruzana.

ROSADO Avilés, Celia Esperanza; ORTEGA Arango, Oscar (2018). *Principios de interpretación del discurso literario*. Mérida (Yucatán): Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán.